

Estudios Sociales
Vol. XXVIII, No. 100
Abril-Junio, 1995

LA FORMACION DE DIRIGENTES DEMOCRATICOS*

Vicente Santuc, sj.**

Se me ha pedido hablar de la formación del dirigente democrático. Se trata del dirigente democrático formado hoy para mañana. Pensar en su formación nos instala en la novedad del horizonte de globalización actual, pero nos instala también en la crisis actual, brecha entre el pasado y el futuro. Esa brecha está marcada sobre todo por el hecho que, por efecto de Occidente, todas las culturas están hoy en crisis. En un primer tiempo la colonización destruyó violentamente espacios culturales en diferentes puntos del globo. Desde el siglo pasado el mito conquistador del progreso, con su seducción, está arrasando con lo que queda de autonomías culturales. Hoy día, un occidente en crisis, dudando de sí mismo y entrampado en el mundo que plasmó, sigue exportando al nivel planetario su "orden caótico" y su duda sobre sí mismo y sobre el hombre. Como decía muy bien el poeta: "nuestra herencia ya no se beneficia de ningún testamento". Necesitamos de un pensar que se inicie de nuevo.

* Ponencia presentada en el encuentro de reflexión: "Hacia un enfoque integrado del desarrollo: educación, pobreza y democracia", organizado por el BID (Washington 10 y 11 de Nov. de 1994).

** Filósofo. Dirige en la actualidad la Escuela Superior Antonio Ruiz de Montoya y colabora en el Centro de Estudios de Filosofía Política (Lima, Perú).

Los antiguos decían que el pensar nuevo empieza por la "extrañeza" (admiración) frente a la belleza del cosmos. Hoy, muchos dicen que empieza por el escándalo frente a lo intolerable del mundo que nos hemos hecho y que no puede, no debe seguir así. En cada caso el "pensar que inicia" remite a ese desplazamiento en nosotros que nos hace salir de pensamientos recibidos, cambiar de evidencias y apoyos, para lanzarnos a un pensar propio.¹

Quisiera de inmediato, para abrir en nosotros el espacio al "pensar nuevo" requerido, invitarles a caminar hacia "algunas extrañezas" frente al momento actual. En un segundo momento veremos cómo la formación del dirigente pasa por los arraigamientos "naturales" del hombre. Acabaremos señalando cómo la instrucción y la educación del dirigente deben alentar en el hombre "arraigamientos" que el mundo moderno nos ha hecho olvidar.

1. De algunas extrañezas

La palabra **crisis generalizada** expresa aquello que percibimos como brecha entre el pasado de donde venimos y un futuro para el cual no adivinamos el puente. Considerar esa brecha ya no es oficio reservado a aquellos que hacen del pensar su trabajo particular; viene a ser problema para todos. Cada uno, hoy, tiene que pensar por cuenta propia; cada uno tiene que mirar en torno suyo, a partir de su propio punto de vista y su propio punto de vida. Eso es uno de los sentidos de lo que se ha llamado "el fin de la filosofía".² La expresión señala una época en que todo es filosofía porque conceptos, argumentos, etc... han bajado a la calle, nos

-
1. Con el pensar subsiste un problema latente. Pensar no se reduce a la actividad del intelecto instrumental ni tampoco a la actividad discursiva de la razón teórica que se nutre de lógica y de razones encadenadas en vistas a la prueba racional. Quizás, a pesar de sus innegables logros, haya que destronar "cierta razón objetiva" del privilegio que una larga tradición nos ha acostumbrado a otorgarle y tengamos que rehabilitar otros registros de la razón en el hombre, encontrando para ello mecanismos de verificación que no estarán sometidos al imperialismo de la razón teórica objetiva. Habrá que regresar a cierta confianza en la intuición para guiarnos y rehabilitar otros sentidos que nos hablan igualmente de la verdad en el hombre.

2. Lévinas Emmanuel, *Difficile Liberté*, Albin Michel, 1976, p. 259.

enlazan y cada uno tiene que tomar posición. Quizás haya venido el momento en que ya no podemos fiarnos como ayer de esa razón lógica, geométrica, segura del mundo que atrapa en sus redes y que nos ha metido en los callejones sin salida en donde estamos cegados. Si perseveramos en ella, lo más probable es que seguiremos enredándonos en ella y no encontraremos salida.

Siendo la exigencia del "pensar nuevo" una exigencia para todos, ella nos inscribe inmediatamente en la política, "esa consideración de la vida en común de los hombres según las estructuras esenciales de esa vida" que ningún ciudadano puede eludir.³ Asumo que nuestra reunión en este banco se inscribe dentro de esa perspectiva, y que ella misma nos proporciona, de inmediato, una serie de extrañezas susceptibles de provocar nuestro pensar.

Primera extrañeza: ¿Quién hace política hoy?

Cuando se reúnen los "Siete Grandes", responsables políticos de los países más grandes del mundo, suelen hablar de mercado, de finanzas, de inversiones, de tasas de intereses. En una palabra, hablan de economía y consideran la mejor manera de servirla. no hacen política, si por ello entendemos el esfuerzo de pensar formas nuevas de conducir la convivencia humana planetaria, respetando sus diversidades, para someterla a las exigencias de la justicia y al juicio de la prudencia. La preocupación por la eficacia del sistema económico ha sustituido la mira del Bien, el servicio de un "vivir bien" de la comunidad humana.

Pero hoy, aquí, responsables de los grandes bancos mundiales, quieren, con algunos ciudadanos de este mundo planetario, confrontarse con los grandes retos políticos del momento. Ellos perciben los desafíos de la convivencia humana en este mundo globalizado y, sin tener solución en cartera, sienten que ya no se puede seguir así. No se puede seguir con una organización del

3. Eric Weil, *Philosophie Politique*, Vrin, Paris, 1984, p. 11.

planeta de acuerdo a la ley natural de la violencia animal de la pecera: el pez "ALFA", porque es más fuerte, domina a todos los demás y a todos los espacios, mientras el pez "ZETA", amenazado por todos, queda limitado a su esquina. Sienten que el hombre, entregado a su violencia y que no hace "violencia a su violencia", es lo que hay de más peligroso. Quieren ver cómo se puede pasar de la seducción de las sombras de la Caverna a la luz del Bien; quieren pensar la justeza de una acción nueva posible.

Entiendo que estamos aquí para acompañar, en sus preguntas, a esos responsables de bancos mundiales. Ellos, y no los políticos tradicionales, quieren exponerse a un pensar que fortifique su capacidad de juzgar, su aptitud a distinguir justo e injusto en relación a su acción en la comunidad mundial. Quieren ver la manera de introducir más racionalidad y razonabilidad en las tensiones nacidas del doble enraizamiento del hombre en la sociedad moderna y las tradiciones heredadas. Y "confían en" y "esperan algo de" un pensar dialogado para precisar y aumentar su capacidad de conducir una acción que seas respuesta a lo malo e imprevisto en el mundo. Sospecho que esperan aumentar su capacidad de escuchar al "hombre en todos los hombres" para ser capaces de acoger y dejar surgir lo novedoso en la cuna de la circunstancia.

¿No será algo paradójico y extraño que sea desde el interior de lo que se concibe como la cadena de seguridad del sistema que se siente la necesidad de "romper con" y "destacar de" las dependencias heredadas? Paradoja, ciertamente, que emerja allí la "contra-corriente" susceptible de posibilitar el surgimiento fulminante, no esperado, de aquello que permitiría superar nuestras maneras de ser "hombres-lobos" entre nosotros.

Si mi lectura es correcta, estamos aquí todos cogidos en un esfuerzo para colocarnos al servicio de lo que, en el hombre, sobrepasa al hombre. Se trata de la capacidad creadora del hombre. Es capacidad de inaugurar, rompiendo hilos de costumbres en el pensar y el actuar que sólo es posible si está acompañada por la audacia de mirar las cosas desde puntos de vista diferentes. Ese esfuerzo y voluntad de inscribir el pensar y la acción en la perspec-

tiva de la emergencia de algo nuevo, no inscrito en la mecánica de lo económico que nos domina, es, de acuerdo a una fórmula de Nietzsche, dedicarse a la "gran política", aquella mediante la cual tomará carne la posibilidad misma del porvenir. La acción, a ese nivel, tiene relación con lo posible, con el nacimiento, e inscribe en el "juicio" para la decisión otro principio que el del conocimiento del mecanismo que nos lleva. Introduce el principio de la escucha y la búsqueda de armónicos entre los humanos.⁴ El nuevo pensar y la nueva acción exigen que se escuchen todas las voces -de individuos, de grupos sociales, de culturas, de países- para reconocer el mundo que quiere nacer y para poder dar a luz un mundo posible para esa pluralidad y diversidad humana, que la sorpresa del don de la vida alcanzó un día, como nos ha alcanzado a todos nosotros. Eso es salir de la ley de la mecánica, del mecanicismo dominado por una fuerza, para entrar a otra lógica: una suerte de lógica de la estética que no deja de evocar a Platón, que ligaba justicia con proporción y belleza.

Segunda extrañeza: sordera y ceguera de los que nos gobiernan

Lo sabemos todos, las grandes ideologías modernas, esos grandes relatos que durante dos siglos sirvieron de explicación científica del mundo y de casi religiones, se han agotado. Ya

-
4. Ese principio de inteligibilidad por la escucha es el que nos proponen hoy las ciencias físicas. Cuando su observación pasa los límites de lo que se ajusta a nuestras categorías ligadas a la sensación (causalidad, mecanismo) el científico se encuentra en un mundo que se ofrece como alternancia de orden y caos. Existe orden y se mantiene una forma si es capaz de hacer circular informaciones teniendo sentido para cada una de sus partes. Así cuando un ruido agrede a una forma, empieza por ser "parásito"; interfiriendo la comunicación y reduciendo el sentido. Pero ese ruido puede también crear sentido, a otro nivel de organización; es decir, puede recrear una complejidad, una forma: el desorden deviene creador de orden. Ya no hay progreso en sí, sino formas provisionales, en perpetuo peligro de ser agredidas por ruidos, ellos mismos reorganizadores de formas nuevas. Ver Atlan Henri, **Entre le cristal et la fumée**, Le Seuil, París, 1979; Ilya Prigogine, **La Nouvelle Alliance. Métamorphose de la science**, Gallimard, París, 1979.

perdieron su fuerza de seducción. Están en crisis todos los pensamientos que pretendían haber encontrado el principio de constitución de una totalidad histórica: está en crisis la ideología revolucionaria del progreso del Este, pero también lo está la ideología del progreso ligada a la evolución técnica de Occidente. El progreso eterno, absolutamente bueno, ese dios de las ideologías modernas, con sus imperativos: "siempre más, siempre mejor, siempre más rápido" ha manifestado la perversa dualidad de su rostro. Ya hemos tomado conciencia de las consecuencias inhumanas del progreso económico considerado como un fin.

Todo eso lo sabemos todos, sin embargo -y eso es otro lugar de extrañeza que debe provocar nuestro pensar-, líderes e intelectuales mundiales, por pereza intelectual, por miedo o por lo que sea, lejos de compartir ese "sentir común", siguen cabalgando ese caballo desbocado del progreso. No ignoran las consecuencias de muerte de esa carrera moderna, pero las minimizan. Los científicos ven en ellas "efectos secundarios", el precio del desarrollo de la ciencia, y los economistas las consideran "efectos externos", subproductos del crecimiento económico. Por más que los efectos negativos sean de primera importancia, los "sacerdotes" de la razón objetiva moderna quedan sordos y ciegos al sufrimiento angustiado de millones de hombres y a la amenaza de destrucción del hábitat natural del hombre.⁵

-
5. Como lo hizo observar Simone Veil, esa actitud no viene de la ciencia, sino de la "ciencia moderna". Los griegos poseían una ciencia, base de la nuestra. Incluía la aritmética, la geometría, el álgebra en una forma propia a ellos, la astronomía, la mecánica, la física, la biología. La cantidad de conocimientos que manejaban era menor que el hoy día, pero su carácter científico, de acuerdo a nuestros criterios, igualaba el de hoy día. Era ciencia exacta, rigurosa, precisa. Conocían la demostración y el uso experimental. Si la ciencia griega no ha producido muchas aplicaciones técnicas, no es que eso no le haya sido posible, sino es porque los científicos griegos no lo quisieron. Temían el efecto de invenciones técnicas susceptibles de ser usadas por los tiranos y los conquistadores. (Ver, *L'enracinement*, Gallimard, 1949, p. 307-308). En ese mismo orden de consideraciones, ver como Marshall Shalhins, en su libro *Edad de Piedra, Edad de Abundancia*, señala cómo diversos grupos llamados "primitivos", en Australia y Africa, seleccionaban con mucho cuidado la introducción de cualquier nueva tecnología de producción. Se defendían de la novedad susceptible de provocar desequilibrios que el grupo no hubiera podido controlar.

Tercera extrañeza, lugar de asombro: lo que el sistema ha hecho con nosotros

El progreso de la ciencia y el desarrollo de la economía, al nivel de las políticas mundiales, siguen llamando todavía a la "movilización total". Obnubilados por sus programas científicos o por las exigencias de la máquina productiva, economistas y científicos -como también responsables políticos mundiales- caminan como sonámbulos, en medio de una vida sin vida, al servicio del "totalitarismo de las lógicas" que sirven. Todo se somete al totalitarismo del movimiento, del progreso de la ciencia o de la acumulación en economía, sirva o no al hombre. Estamos de hecho en una figura de totalitarismo en cuanto que los efectos son los mismos. Como todo totalitarismo, el de las lógicas abstractas que servimos reina por el terror que, como dice H. Arendt: "...procura "estabilizar" a los hombres en vistas a liberar las fuerzas de la Naturaleza o de la Historia".⁶ La señora Thatcher introdujo la "fatalidad" como categoría económica: "no hay otra manera de hacer" repetía ella. Hizo escuela. Todos los gobiernos hoy van repitiendo lo mismo. Si miramos los resultados: ¿Qué vemos? Ausencia de pensamiento, de imaginación, miedo a lo nuevo vestido de amenazas, pérdida del sentir y del sentido común. En fin, políticas caminando sobre lo impensable y lo intolerable. Es lo que acompañó siempre a todas las figuras de totalitarismo. Después de haber sido vaciada de presencia y de animación significativa por la razón objetiva, la naturaleza devino un mero juego de fuerzas a conocer y a aprovechar. Y ha devenido lo mismo la sociedad productiva, esa segunda naturaleza producida por el hombre. Ella tampoco ya no habla de nadie, sino de sus leyes a servir.

6. **Système Totalitaire**, Ed. Seuil, Paris, 1972, p. 210. En la página siguiente dice: "El terror como realización de una ley de movimiento, cuyo fin último no es el 'bien estar' de los hombres ni el interés de un hombre, sino la fabricación del género humano, elimina al individuo en beneficio de la especie, sacrifica 'las partes' en provecho del 'todo'. La fuerza sobrehumana de la Naturaleza o de la Historia tiene su propio inicio y su propio fin, de tal manera que los únicos que puedan trazarla son ese nuevo inicio y ese fin individual que en verdad es una vida humana"

Cuarta extrañeza: el hombre sigue en pie, nosotros estamos aquí

La fuerza del sistema y de las lógicas que acabamos de evocar son una realidad. Se ha desencantado el mundo, hemos perdido la clave que lo unificaba y nos ubicaba. El nihilismo que ese desencantamiento irradia es contagioso: se expande por el sentimiento y en la angustia. Muchos no saben cómo escapar de su "reptación" insidiosa en ellos. Índice de ello son el resurgimiento de los fundamentalismos, el culto epidérmico del hombre sicológico que vive en el sentir de su cuerpo y en el consumo compulsivo de drogas. Habiendo la "razón" marchitado el sentido de la vida, el individuo quiere por lo menos sentir que vive, o escapar en mundos seguros o artificiales. Pero, y allí surge la extrañeza, la iniciativa que nos congrega y nuestra respuesta a ella, igual que iniciativas similares y respuestas similares en otros puntos del globo, evidencia una cosa: el hombre se resiste a ser hormiga, el hombre es capaz de distanciarse de lo que vive. Los hechos antes señalados existen para nosotros y muchos otros; y los hechos, sólo se revelan al ser libre capaz de dominar sus condicionamientos.

Se trata de conducir y no de escapar a nuestros condicionamientos; por eso queremos pensar la historia que tenemos en manos. Adivinamos que pensar la historia, el momento presente y la acción posible, es saber que no podemos pensarlos sin pensar que nosotros estamos en esa historia y sin guardar en memoria el misterio de nuestra situación. En esa situación encontramos cada uno una experiencia necesariamente circunscrita, delimitada. Sólo podemos pensar aquello que los demás, los de ayer y los más cercanos, nos han dado a pensar. Sólo podemos actuar en los límites en donde nos inscriben las condiciones que hemos heredado. No pueden la sociedad ni nuestro mundo planetario ser un "objeto" exterior de representación o una materia que tendríamos que transformar. En ellos estamos arraigados y es en las formas particulares y los problemas de "nuestro vivir siempre en común" que podemos descubrir el sentido de nuestras empresas y de nuestras tareas.

Se trata de comprender el sentido de los hechos que configuran nuestro mundo. Comprenderlos es interpretarlos como producidos por una voluntad análoga a la nuestra; es por lo tanto renunciar a la objetividad y asumir la subjetividad como parte de la realidad. Ese esfuerzo está sostenido por una exigencia en nosotros: la de orientarnos. Orientarse es encontrar el norte y las coordenadas de una posición, y es también colocarse en la buena dirección. Entender las circunstancias que configuran nuestro "hoy" de crisis, es condición para llegar a pensar cómo superarlas. Eso es una dimensión del reto al que nos confrontamos cada uno de nosotros. Dimensión **absolutamente necesaria en la formación** del dirigente democrático que consistirá en formarlo para esa comprensión, es decir formación para el entendimiento de los principios, de las negaciones y afirmaciones que sustentan nuestro mundo.

Quinta extrañeza: ocaso de la razón objetiva, regreso del sujeto.

Desde algún tiempo ha surgido otra extrañeza: la crisis más radical está tocando hoy la concepción moderna de la razón. Esa razón objetiva, científica, que criticó el legado medieval antes de autocriticarse a ella misma y que, devenida el absoluto, exigía justificación de todo ante su tribunal, esa razón, desligada de todo "cosmos" y para quien nada era santo o respetable, acaba por destruirse a ella misma. Ayer, juez supremo objetivo, la razón objetiva está hoy cuestionada a partir de una perspectiva globalizante y por su olvido-desprecio de ciertas dimensiones en el hombre. Ya la razón no puede olvidar su encarnación en un mundo, una cultura, un cuerpo.

Hace años Heisenberg, con su principio de "incertidumbre", recordó a la razón que sus categorías e ideas tienen su raíz última en la experiencia sensible común. De hecho la búsqueda objetiva de la "verdadera realidad", más allá de las apariencias, ha conducido a una situación en donde el hombre ha llegado a perder incluso la "objetividad" del mundo natural. Cuando, con sus instrumentos de gran sofisticación, la investigación de la "realidad verdadera" hizo

salir al científico del mundo de los sentidos, se perdió en un azar. Parece que las categorías de causalidad, necesidad, legalidad estén ligadas a nuestro espíritu inmerso en una experiencia sensible, experiencia del "sentido común" de todos nosotros. Esa experiencia y ese sentido son aquellos con los cuales nos toca organizarnos y vivir en esta tierra nuestra. Al respecto es bien interesante la observación del mismo Heisenberg diciéndonos que, finalmente, el hombre ha descubierto que siempre se encuentra "confrontado a él mismo y sólo a él".⁷ Es como si las ciencias hubiesen demostrado lo que nunca pudo cierto "humanismo occidental": prueba y demostración de que la preocupación por el hombre es legítima.⁸

La ciencia ha dejado de identificarse con el desencantamiento del mundo determinista de ayer. Ella expresa nuestra interrogación frente a un mundo más complejo, dice Prigogine.

Sexta extrañeza: insensibilidad al mal radical

Se hace evidente nuestra afirmación del principio: ya no podemos, como venimos haciéndolo desde dos siglos, abandonar las cosas -la interpretación y la organización del mundo, la educación, los principios de valoración, etc.- a los especialistas y sus construcciones de mundos artificiales y desconectados, desarraigados del mundo de nuestros sentidos y de nuestros sentimientos. Es verdad, viene de ellos el mundo moderno y la profusión de bienes y servicios a los cuales nadie quiere renunciar. El problema está en que el hombre no se deje agarrar y arrastrar en las redes lógicas que él mismo lanza sobre su contorno, y no confíe ciegamente en las leyes

7. "La concepción de la realidad objetiva (moderna) se ha curiosamente disuelto... con la claridad de una matemática que ya no representa el comportamiento de la partícula sino el conocimiento que nosotros tenemos de ella. Así la ciencia de hoy no es más que un eslabón de la cadena infinita de los diálogos entre el hombre y la naturaleza, y ya no es posible hablar de una naturaleza en sí". Ver **La nature dans la physique contemporaine**, Ed. Gallimard, 1970, p. 18.

8. Ver Hannah Arendt: **La crise de la culture**, Gallimard, 1972, p. 352.

"objetivas" de la historia o de la máquina productiva que él mismo armó. Esa confianza ciega lo ha llevado a renunciar a "hacerse a él mismo" y rehacer permanentemente el mundo para él y todos sus iguales. Esa vertiente nos ha llevado al "hombre light" de hoy día; hombre cansado del "sí" y del "no", mediante los cuales siempre y en todas partes la humanidad se dio un mundo.

Con tranquilidad, y, como liberado de un peso, el "hombre light" renuncia; renuncia al pensamiento y a la acción en la historia entregando su destino a las leyes de la mecánica productiva, confiando que lo llevarán a un mundo más feliz. Liberado de metas, de finalidades, de valores, devenido mero factor de producción o pensándose en función de la producción y del consumo, el hombre ha devenido, de una u otra manera, "superfluo" en cuanto persona jurídica, moral y singular. Es mero factor económico, cantidad de fuerza o de saber intercambiables.

Eso lo podría sentir cada día el individuo en la violencia de las "leyes objetivas" de la economía, que cierta necesidad "obliga" a generar cada vez más "crecimiento". Pero esa sumisión del hombre al *totalitarismo del único imperativo categórico de la producción* y de sus leyes anula el sentido común en el individuo: lo vacía de sentimientos, de su sentido del "deber de felicidad" para consigo mismo y para con el otro, y perturba su capacidad de juicio. El hombre se encuentra, sin angustia, abandonado en un desierto del "no sentir", del "no querer nada" para él, *abulia existencial*. Los medios de comunicación le presentan cada día imágenes dramáticas del mal que nos hacemos. Pero, ya no ve lo que mira, ni escucha lo que oye. Se ha anulado su capacidad de juzgar por sí mismo puesto que lo hace a partir de y en función de su nuevo "sagrado", la economía. ¿No será, esa "trivialización del mal", esa *insensibilidad al mal que nos hacemos y que hacemos al otro*, una figura de lo que un filósofo llamó el "mal radical"?

Hemos evocado algunas "extrañezas" del momento presente que deberían "darnos que pensar". Las hemos presentado para configurar el horizonte en el cual se ubica la formación del Dirigente

Democrático hoy. El tiene que saber que tendrá que luchar en contra de cierta "entropía" social.⁹ Esa exigencia, H. Arendt la ha expresado con fuerza: "Dejados a ellos mismos, los asuntos humanos sólo pueden obedecer a la ley de la mortalidad, la ley la más segura, la única ley segura de una vida desarrollada entre nacimiento y muerte... La vida del hombre precipitándose hacia la muerte llevaría inevitablemente a la ruina, a la destrucción, todo aquello que es humano, si no fuera por la facultad de interrumpir ese curso y de iniciar cosas nuevas, facultad que es inherente a la acción, como para recordar constantemente que los hombres, aunque tengan que morir, no han nacido para morir, sino para innovar".¹⁰

A la melancolía narcisista del "homo sicologicus", al positivismo de la confianza en procesos automáticos, el hombre político tiene que oponer la interrupción, la innovación, la improbabilidad de una vida humana **en y para todo hombre**. Con H. Arendt asumimos que, la posibilidad de ese tipo de acción se asienta sobre un hecho: el hecho de la natalidad, "en el cual se enraiza ontológicamente la facultad de actuar". Es el nacimiento de hombres nuevos lo que puede asegurar el renacimiento permanente del mundo. La "acción" se enraiza allí; es una obligación y un derecho de nacimiento. El nacer no es solamente un hecho biológico, es acontecimiento de alteración radical permanente frente a la tendencia natural al repetir o al dejar correr.

II. Formar para reconocer los arraigamientos "naturales" y razonables del hombre es ya educación del dirigente democrático

Las notas anteriores han subrayado cómo la "ley natural" de la competencia económica en el mercado nos impide compartir la tierra

9. Ver al respecto: de Rosnay Joel, *Le macroscopie, Vers une vision globale*, Ed. Seuil, Paris, 1975.

10. *La condition de l'homme moderne*, (The Human Condition), Ed. Agora, Paris, 1983, p. 313.

entre todos los humanos que somos. Cuando decimos la tierra, decimos el espacio y los recursos, pero también las tradiciones, los relatos y los juicios que nos hacen hombres. Ciudadano con que ese diagnóstico nos arrastre al "nihilismo", esa forma de creencia decepcionada. Si, del siglo pasado nos vino el anuncio de "la muerte de Dios", hace pocos años, un filósofo nos anunció la "muerte al hombre". Es cierto, han muerto ciertas maneras de concebir a Dios y al Hombre que estaban ligadas entre ellas por cierta metafísica. Lo sabemos, si el hombre ha cambiado de representación de él mismo, es evidente que allí se expresa un cambio en el hombre mismo. Efecto precisamente de la preeminencia de las ciencias es que el hombre se haya dejado agarrar en las redes de la razón objetiva. Así se nos ha dicho que, por más que nos pese, que el sujeto no es más que objeto, que siempre hay algo por debajo del YO -condicionamientos económicos o psicológicos- que restringen y juegan tanto con el sujeto, que ya no tiene consistencia la pretensión del sujeto autónomo de llegar a la verdad y al fundamento: los dados estarían trucados, los juegos estarían ya hechos.

Frente a esas afirmaciones no vale la apologética. No vale seguir hablando de **una naturaleza humana** cuyos atributos serían la verdad, la justicia, el amor, etc. como lo son las alas para el pájaro, o las aletas para el pescado. Tampoco se trata de querer probar que el hombre es sujeto que tiene que contar con el otro, que la solidaridad es un deber etc... En el juego de las pruebas la razón se entrapa: a la administración de una prueba A, el adversario contesta con una prueba B, igualmente contundente. Nuestro tiempo tiene que mantener unidas en la conciencia la afirmación de valores y la de "infraestructuras". Tenemos que ver lo que significa el hecho que existamos bajo los dos aspectos señalados: nacidos del mundo (dependencia de estructuras) y nacidos al mundo (emergencia del sujeto). Es mediante el juego de esas interacciones que se constituye el sujeto; pero él no se reduce a las mismas, puesto que ellas sólo existen para él. Para llegar al "pensar nuevo" exigido, más vale arrancar de un conjunto de hechos que nos señalan los enraizamientos ineludibles del ser humano, y ver cómo son ellos inmediatamente

humanos, es decir, inscritos en procesos de simbolización, de comunicación, de expresión y sentido.

Queremos interrogar un hecho, el "acto del nacimiento" -un acto no sólo biológico sino también cultural y político, forma mediante la cual la "vida humana" se trasmite y perdura. Queremos ir así al encuentro de los arraigamientos sobre los cuales toda educación debe apoyarse y juzgar si en ellos no encontramos las posibilidades de un surgir nuevo en el vivir en común nuestro. Dicho esfuerzo será fecundo si vemos que el presente está ya preñado de razón y es ya espacio de un acto de fe, de una apuesta y de un acto de esperanza que lo sostienen como en filigrana. El reconocimiento de esos actos ya practicados por cada uno puede respaldar el nacimiento por venir, en cuanto que es al mismo tiempo toma de conciencia de la pujanza del futuro en el mismo presente. Es porque esos actos sostienen **nuestro hoy**, que ese mismo **hoy** puede ser espacio de la irrupción del acontecimiento novedoso posible y esperanzador. Pero eso no es automático. El presente será espacio de surgimiento si es espacio **de ese pensar que es el juicio**. El juicio es re-flexión, regreso hacia atrás sobre lo que "ya es" a fin de reconocer en él suficiente sentido para respaldar la voluntad de inscribir sentido en el mañana. De no ser así, ese juicio no sería imaginable.

a) **El juicio respaldado en lo razonable existente ya en la historia**

Conviene ver sobre qué descansa la posibilidad del juicio y cómo en él se juega la dignidad del hombre. Kant dio mucha importancia a esa consideración. Es posible el juicio porque el hombre no conoce la totalidad de los datos. Es precisamente su ignorancia al nivel de los hechos la que hace del hombre el dueño del sentido. Es sólo porque no es dueño del mundo que se puede conocer, que el hombre es centro del sentido y del mundo. Somos dueños del sentido porque no somos dueños de los hechos. Si no fuera así el hombre no tendría que juzgar, escoger. Sería Dios o mecanismo.

Pero el juicio no es apuesta o acto ciego, es acto que, sin beneficiar de la certidumbre que da el conocimiento, adelanta en lo probable, en la confianza razonable: presume que hoy como ayer el hombre, si quiere, puede encontrar una salida. El juicio sabe que no hay en la vida humana una fuerza divina, mecánica o histórica que nos dirija hacia un progreso positivo evidente, ni tampoco hay una fuerza negativa que dirija la humanidad hacia su pérdida o el caos. Las dos salidas son posibles. Expresan la "contingencia" del momento; mañana depende de nuestras malas o buenas decisiones. Siempre fue así; pero ocurre que el hecho ha devenido hoy día mucho más visible para todos en razón de la bomba atómica, de la amenaza ecológica, del crecimiento poblacional mundial, de la eliminación siempre creciente de trabajadores y consumidores del sistema económico. Para el hombre, hoy como ayer, se trata de abrir un mundo de posibilidades y significaciones nuevas.

Abrir un mundo es lo que toda cultura siempre ha hecho. Pero abrir hoy el mundo nuevo, el hombre no lo puede sin reconocer y comprender el mundo en el cual está y que abrieron nuestros antepasados, con un juicio razonado, análogo al que el "hoy" nos exige. Es precisamente en el juicio reflexivo sobre su situación, juicio exigido hoy al hombre, que se juega el nacimiento de un sujeto y de una comunidad humana responsables de las posibilidades de hoy para mañana, responsables de las promesas para el futuro. **Hacer percibir al dirigente democrático que su juicio y su decisión están respaldados en lo razonable que ya existe**, y que por lo tanto él no arranca de cero; esa sería **la primera consideración de principio** que propongo para la formación del dirigente democrático.

A ese juicio que es acción política, debe ser formado el dirigente democrático, como debe también ver sus asideros, si no queremos que se mantenga como "engranaje" al servicio de la gran máquina productiva o se entregue a un voluntarismo generoso que no dejará de ser peligroso. De no ver en donde puede enraizar su confianza en el hombre y en el presente para el porvenir, fácilmente podrá enredarse en la reflexión que siempre choca en contra de lo que le es lo más difícil de soportar y reconocer: la particularidad concreta,

es decir el hecho de que toda solución razonable nunca es definitiva ni totalmente razonable.

El dirigente tiene que ver que sólo se mantiene lo razonable si se lucha permanentemente en contra de la "entropía" natural. Esa sería la **segunda consideración de principio**, que propongo; la **tercera consideración es práctica**: se trata de formar al dirigente a saber juzgar, reconocer **lo razonable y sus formas existentes ya en la historia**. En la historia, la suya como individuo y ciudadano, "siempre desde ya" está el punto de apoyo de un razonable, de más razonabilidad, para mañana.

b) Arraigamiento en estructuras sociales razonables

El dirigente tiene que ver que, de hecho, él está ya en la razón, esa capacidad del hombre de "abrir mundos", de organizar lo recibido e inscribirlo en un sentido. Así existe la razón en la historia bajo forma histórica. Allí donde encontramos humanos, encontramos la razón humana creando instituciones, dándose, a través de opciones, representaciones mediante las cuales piensa y se da a ella misma objetivos y finalidades. La razón se da la tarea propiamente humana que es la suya: durar desarrollándose, desarrollarse a través de opciones. Lo razonable en la historia es lo que se ha llamado la "razón objetiva", identificable en las instituciones de toda comunidad humana; instituciones que, por su estructura, soportan la posibilidad de decisiones razonables. La formación del dirigente exige que se le enseñe a reconocer lo que hay de razón, y de sinrazón y violencia, en las instituciones y estructuras en las cuales vive.

Respeto del lenguaje

En este momento en que lo razonable en las instituciones sociales queda ocultado por la primacía de la racionalidad instrumental, quizás, el primer arraigamiento en la razón que hay que presentar y hacer sentir al dirigente, para que lo respete y no lo manosee, sea el que él mismo vive junto con todos los demás en base a su inscripción en el lenguaje. El lenguaje es la institución

humana, instituyente del hombre. Es en esa institución que todo hijo de hombre se recibe al mismo tiempo que recibe una tradición, un bien y un mal, una manera de ser hombre, una manera de abrir un mundo. El lenguaje no es un mero servidor de significaciones, es el acto mismo de significar. Es en él que todas las significaciones como todo lo del mundo aparecen, se revelan. Es el gesto simbólico siempre en acción mediante el cual opera y se recarga el acuerdo que liga toda comunidad humana y que se manifiesta en el juego de oposiciones de complementariedad que liga los significantes. Sin él las cosas no saben lo que son; sin él no tendríamos un mundo, algo organizado, un cosmos delante de nosotros. Estaríamos como los animales, la nariz pegada a las cosas. Es en él que todo aparece. Es el piso del ser hombre que el mismo dirigente tiene que respetar. Es sintomático que en esta época que algunos califican de sofisticada, se regrese al lenguaje en formas similares a las de Sócrates, confiando que en él descansa la posibilidad de salvar la unidad y la diversidad de la humanidad.¹¹ Es que, como lo vio Sócrates, en el lenguaje, el sentido siempre vuelve a solicitar las palabras inaugurales, y no otras, que sirvieron a su institución.

Conocimiento de los alcances y límites de la sociedad productiva

En la formación del dirigente, el pasaje por las ciencias sociales, que son hoy día como la "conciencia de sí" de la sociedad, parece ineludible. Tiene que conocer y saber cómo funciona la sociedad moderna, esa organización de los hombres a partir y en torno a las actividades productivas. Tiene que saber lo que tiene de abstracto, es decir de "mecanismo" y de expresión de una dimensión aislada de la vida en común de los hombres. Tiene que reconocer los principios sobre los cuales se asienta: producción, cálculo, eficacia, competencia, mundialización. Al mismo tiempo debe saber reconocer la función de educación a la racionalidad, al orden y a la

11. Ver al respecto las consideraciones de Jürgen Habermas y de Karl Otto Apel.

universalidad que dicha sociedad productiva cumple. Pero, conjuntamente, debe saber escuchar, ser sensible a las frustraciones que genera esa sociedad productiva que no reconoce en el hombre todas sus dimensiones.

Dicha sociedad ofrece muchos bienes, pero ellos no son el Bien del hombre. Por lo tanto el dirigente debe ser formado a reconocer la pertinencia de las protestas y de las exigencias que plantea el individuo inscrito en la mecánica de esa sociedad. Hay algo que hacer, algo nuevo que producir para que el hombre sea respetado en todo hombre. Allí surge la exigencia moral y el planteamiento de una acción política para que se garantice a todos, en las circunstancias que son las nuestras, la posibilidad para cada uno de dedicarse a lo que es para él "ser hombre".

Esa misma sociedad productiva, con la incorporación de inteligencia artificial a los circuitos de producción, está en condiciones de liberar a la humanidad de la angustia de la sobrevivencia física. Al mismo tiempo libera, cada día más, grandes masas de la necesidad de participar a la producción. Dejada a la lógica de su mecánica productiva en el uso de la razón instrumental, la sociedad productiva no puede ir más allá de eso. Los problemas que así plantea, y las soluciones que también ofrece, ella no los puede asumir. Lo más que puede hacer es liberar excedentes para "los pobres"; acto análogo a los "tés de caridad" de las esposas de los industriales del siglo pasado. Por sus bloqueos y por las posibilidades que ofrece, la sociedad económica espera algo de la esfera política. Se trata de saber si seguiremos pensando que el mercado es el mejor distribuidor de bienes y servicios; que el trabajo es la plataforma a partir de la cual todos los hombres tienen que pensar su vida y encontrar una legitimación de la misma. La sociedad productiva espera, necesita una política nueva guiada por una nueva visión del hombre.

Seguimos pensando que la salida del callejón en donde estamos pasa por la democracia y el respeto de los Derechos Humanos. Es ese régimen político el que la consciencia de la humanidad, al nivel mundial, siente hoy como portador de las posibilidades que acabamos de señalar. Por eso el dirigente tiene que estar formado

a la comprensión del arraigamiento en cierta manera de concebir el "ser hombre hoy" que significa la democracia y que es una conquista de la razón histórica.

Formación a la comprensión de la institucionalidad democrática

El dirigente democrático tiene que entender que en el régimen democrático el lugar del poder es un "espacio vacío" en cuanto que el poder es siempre delegado y aquel que lo detenta no puede pretender incorporárselo. El sufragio universal, la distribución del poder en tres instancias diferenciadas, el sometimiento a procedimientos ya definidos, lo indican. El dirigente tiene que percibir cuan frágil y contingente, en cuanto ligada a una comunidad dada y su historia, es la democracia: sólo es posible y viable si los ciudadanos formados a ella, la quieren, la defienden y la sitúan en el horizonte de los Derechos Humanos. La formación discursiva de la voluntad de todos los ciudadanos viene a ser como el "principio de toda democracia" y el dirigente democrático tiene que velar por esa formación. Igualmente, para prevenir la "entropía siempre amenazante", tendrá que velar por el respeto de ley, la consolidación de las instituciones y el cumplimiento de los procedimientos establecidos.

El estado moderno es objeto de muchos malentendidos. Conjunto orgánico de las instituciones de una comunidad dada, el Estado, que siempre ha llegado a ser tal en una historia dada, y lleva sus cicatrices, es el espacio en donde cada comunidad nacional toma consciencia de sí misma y puede tomar decisiones sobre ella misma. El representa el plano de la decisión racional y razonable de acuerdo al interés de la comunidad en su totalidad y diversidad y su tarea esencial es la de proteger a la comunidad en contra de los peligros internos y externos. Por eso tiene el monopolio de la violencia legal y de la promulgación de leyes universales que obligan por igual a todos los ciudadanos -incluso al que detenta el poder-, de acuerdo al catálogo de roles y funciones que la misma ley ha

previsto. Para poder deliberar y decidir racionalmente, el gobierno moderno cuenta con una administración que le abastece en informaciones y ejecuta o supervisa la ejecución de las decisiones. El Parlamento es la institución que caracteriza principalmente el Estado constitucional. En él se expresan los deseos, los hechos y las tensiones de los diferentes grupos sociales y culturales, y se definen leyes que deben tener en cuenta lo que hay de sociedad moderna y de comunidad tradicional en una comunidad nacional.

El régimen democrático constitucional presupone, como condiciones mínimas, del lado de los ciudadanos, racionalidad del comportamiento y sumisión voluntaria a la ley, y del lado del gobierno, la voluntad de ser razonable, bajo el control de la ciudadanía. Instancia de mediación para ello, es la educación del ciudadano. Esta se da mediante diferentes canales: las intervenciones de los miembros del gobierno que explican sus políticas, la publicidad de los debates del parlamento que ayudan a cada uno a salir de su particularidad, los medios de comunicación libres que informan y educan a la opinión pública, las diferentes instancias educativas que el Estado debe garantizar.

Tratándose de la educación del dirigente democrático, quizás lo más importante sea asentar en él una actitud. Formar a un dirigente es formar a alguien para que pueda responsabilizarse por su mundo, un mundo que ya no es el de las fronteras de su país, sino nuestro mundo planetario. ¿Cómo podrá el dirigente entrar a esa perspectiva si la formación le viene de alguien que no asume la responsabilidad de representar a ese mundo, si su presentación está dominada por la crítica y la frustración? Sin renunciar a su espíritu crítico, el formador debe manifestar cómo él mismo se responsabiliza por ese mundo, y dar a ver lo que, para él, es responsabilizarse: conocimiento y respeto de la historia, de las tradiciones, de las estructuras y de la ley, pero sobre todo reconocimiento de los alcances y los límites de los gestos de creación que en diferentes momentos de la historia han abierto mundos diferentes.

c) Conciencia de los arraigamientos histórico-afectivos

Para que puedan madurar en el dirigente las líneas de formación antes mencionadas, y no queden como meros saberes o llamadas a una adhesión voluntarista, conviene que vayan delante los arraigamientos sentidos del individuo. Todo espíritu humano es hijo de sus padres y de una comunidad dada. Son ellos los que han asentado o anulado las posibilidades de confianza y de creación en el individuo. Eso mismo hace que permanentemente la sobrevivencia humana, es decir la de una vida humana razonable, esté amenazada por la llegada de unos "nuevos", que pueden estar tan dominados por la angustia o la violencia que les es imposible asumir lo que hemos señalado. "Nosotras, las civilizaciones, sabemos ya que somos mortales", dijo un filósofo. Quizás esa amenaza para una civilización se juegue en los primeros años de la educación de los responsables políticos.

En un momento en donde todas las comunidades contemporáneas están fragilizadas, en donde todos los padres viven en tensión, el acto de nacimiento, acto de transición/transmisión se vive en condiciones que muchas veces no permiten ese correcto arraigamiento en el cuerpo, en una cultura, en una comunidad, que es condición para que el sujeto tenga la consistencia suficiente para asumir las proyecciones, creaciones y juicios que la vida va a requerir de él. Si el dirigente democrático arrastra tales heridas que le es imposible lograr cierto equilibrio entre la vida interior y los conflictos exteriores, si no puede distinguir necesidades reales y fantasías suyas, si no puede entrar a procesos de simbolización, sabiendo hacer ciertas renunciaciones en vistas a un bien mayor, por excelente que sea su formación técnica y su información sobre el mundo, dicho dirigente generará más problemas que los que solucionará.

Considerar los arraigamientos que acabamos de mencionar, nos induce a pensar en la situación de la madre, de la mujer, y de las parejas en nuestro mundo. Podríamos preguntarnos si las imágenes de mujer y de hombre que hoy día circulan (a menudo,

ambiguos andróginos), si los roles y las funciones que la sociedad productiva hace asumir a la mujer etc... permiten y facilitan que ella cumpla con ese rol de "madre suficientemente buena" que plantea Winnicott.¹² Eso nos lleva a pensar que si queremos mañana buenos dirigentes democráticos, tenemos que pensar primero en formar a la madre de quien el niño recibe los arraigamientos posibilitadores de la acción del adulto. No creemos que esa observación nos sitúe fuera de nuestro tema. Más bien dicha observación señala urgencias para con la mujer que exigirían políticas específicas de parte de los organismos internacionales.

Basta con señalar aquí la importancia de los arraigamientos histórico-afectivos que asientan en el individuo su sentido de "pertenecer a", posibilitan su socialización de mañana y están presupuestos por el surgimiento creador y la interpelación de la palabra capaz de juzgar. Con el psicoanálisis hemos aprendido que la vida humana es un proceso ininterrumpido, espiritual y corporal en todo momento. Es en esa idea del individuo encarnado, y mediante esa encarnación, dado en un mismo gesto, a sí mismo y al otro, despojado del secreto de su nacimiento, confrontado con sus semejantes e inmerso en el mundo de las cosas, que el psicoanálisis nos señala las diferentes dimensiones ineludibles de nuestro arraigamiento en el ser. De esa ligazón irrenunciable, el individuo lleva las cicatrices. El ombligo, el lenguaje, la posibilidad de decir YO en una cadena histórica, el sentirse habitado por el otro en el sentimiento y la necesidad de alimentarse, el bien y el mal recibidos en su grupo, las imágenes de hombre o mujer con las cuales identificarse, etc., recuerdan permanentemente al hombre que es pedazo de algo, mejor dicho un símbolo: es decir, incompleto en sí mismo, enlazado en una relación de diferencia y complementariedad con el mundo exterior y con los demás, sobre todo deudor y asignado a la relación con el otro desde sus inicios. Allí no caben razonamientos ni pruebas

12. D. W. Winnicott, *Playing and Reality*, 1971.

ni justificaciones para explicar o convencer del **ir al mundo exterior y al otro**. Se trata de comprender lo que está dado.

El "hay mundo", el "hay otros", etc... ya no son conquistas de la consciencia cognitiva, son dimensiones del YO que él no puede ignorar porque lo nutren y de ellas goza. Todas esas dimensiones forman parte de la vida que se da y del temblor mismo del YO mediante el cual el niño siente que es vida. El hijo del hombre no es un mero pedazo del mundo vegetal o animal, sino del mundo humano. Al asumir el lenguaje, el bien y el mal de un grupo, su palabra, sus valores, de manera más o menos consciente, es cierto, el hijo del hombre ha dicho SI a lo que esos comportamientos significan como esfuerzo de explorar eso de ser hombres juntos en comunidad, en una naturaleza, etc... A no ser que escoja la violencia del silencio y de la deshumanización, el hombre no puede renunciar a los arraigamientos, a ninguno, en donde ha nacido. No es una exigencia entre otras. Es la única manera de abrirse a lo que es, gozar de ello, realizar lo que busca: su felicidad.

III. La formación del dirigente: entramado de instrucción y educación para que pueda llegar a servir los arraigamientos del hombre

La complejidad del mundo actual exige que el dirigente democrático se beneficie de un alto nivel de instrucción y de educación. Muchas organizaciones, de diferente tipo y nivel, consagran desde hace tiempo muchos esfuerzos para pensar la educación que requiere este mundo en crisis. ¿Qué se puede añadir a lo que ya se ha dicho? La multiplicidad de los debates y de las propuestas al respecto, al mismo tiempo que nos dicen la urgencia del tema, quizás nos avisen de que se ha olvidado el problema que esas mismas respuestas debían resolver. Los árboles pueden tapar el bosque. Arranquemos de una pregunta sencilla: ¿En qué consiste la formación, y especialmente en la formación del dirigente democrático?

3.1 Primero: la instrucción

Llevamos varios decenios en que se ha priorizado de manera especial la instrucción, con insistencia en la especialización, considerada como la garantía de la competencia que nuestro mundo requiere. En todos los aspectos que tienen que ver con la relación del hombre con la naturaleza, es ciertamente esa metodología de la especialización la que ha permitido a nuestra época acumular, en poco tiempo, más descubrimientos científicos y más aplicaciones tecnológicas que lo que puede presentar la larga historia de la humanidad. Pero, esa misma instrucción, con su dinámica de especialización, aplicada a los aspectos que consideran lo que es el hombre y lo que son sus relaciones con los demás, lejos de dejarnos con el sentimiento de haber alcanzado mejores niveles de manejo de la convivencia humana, nos ha conducido al "vértigo de ya no saber" lo que significa, ni cómo conducir, eso de vivir juntos como humanos.

Guardémonos de condenar o ridiculizar el ideal de la educación mediante la instrucción que dominó desde el siglo pasado. Es gracias a ese ideal, venido de la Ilustración, que la casi totalidad de la humanidad ha accedido a la lecto-escritura, asentando las condiciones de posibilidad de nuestro mundo de la comunicación. Gracias a él también la mayoría de la población humana ha salido de la particularidad donde nació, se ha reducido la violencia que la absolutización de lo particular alimentaba y hemos accedido a la configuración de ese universal, abstracto pero real, que es la sociedad económico-productiva. La instrucción fue medio y no fin, medio para el progreso que era el fin.

Cierto, ha decaído la adhesión "inocente" al progreso, a los bienes, facilidades y servicios que nos garantiza. Sabemos que los bienes que nos proporciona no son el Bien para el hombre. Pero, de cierta forma, estamos ya en la actitud del rico que dice que la única ventaja del dinero es la de permitir, a quien lo tiene, escoger la forma de su desgracia. Es un hecho que nadie quiere apearse de los bienes y servicios que nos garantizó el progreso. Y lo que podemos

desear es que todos los hombres, puedan beneficiar de cada vez más instrucción. La instrucción es una necesidad, es condición de posibilidad para la construcción de un mundo más humano en donde todos los humanos puedan ser convidados. He allí una afirmación que debe presidir a la formación del responsable político.

Pero, habiendo dicho eso, varias cosas pueden preocuparnos. El sentido de la instrucción es esencialmente el de preparar el individuo para que esté en condiciones de ocupar de forma útil, con competencia y responsabilidad, un puesto de trabajo dentro de la sociedad económico-productiva. La generalización de la sociedad económico-productiva y de la instrucción, acarrea como consecuencia que las comunidades y culturas tradicionales que se inscriben dentro de un proceso, tengan que pagar por ello un precio alto. Tienen que modificar, quizás renunciar, a concepciones y valores fundamentales suyos. ¿Tendrán que hacerlo como lo hicimos nosotros? quizás no. Pero de todas maneras, si bien la tecnología moderna, con sus últimas sofisticaciones, no conlleva la afirmación de valores por imponer; sin, embargo siendo ella más que una mera prolongación del brazo como lo es el instrumento, la inscripción en ella modifica necesariamente las relaciones del hombre con la naturaleza y con los demás. Uno de los efectos de la instrucción y de la inscripción en procesos de producción de hoy es el de hacer "individuos" desligados de sus dependencias "naturales" anteriores y transformar a cada uno en un ser racional y calculador.

La formación del dirigente democrático -venga él de donde venga, mundo moderno o mundos tradicionales-, tendrá que pasar por las exigencias de la instrucción. Pero él tendrá que saber sus alcances, límites y peligros: saber que la instrucción se da en función del aparato de producción, saber que ella no prepara directamente para asumir los problemas que, en su dinámica, ella misma plantea: destrucción ecológica, homogeneización del hombre de acuerdo a pautas de racionalidad y cálculo, desconocimiento de los valores de tradición.

La crisis actual lleva a todos a tomar distancia con la instrucción y el mundo que ella puede forjar. El progreso es hoy día un hecho

que la instrucción ha garantizado, y es un hecho también que los bienes y servicios que la sociedad económico productiva ofrece podrían abastecer las necesidades de toda la humanidad. Pero gran parte de la humanidad pasa hambre, mientras una pequeña parte de la misma humanidad dispone de esos bienes, sin lograr nunca saciar su hambre de ellos. Peor aún, la sofisticación en la producción elimina cada día más trabajadores de la producción. Adivinamos la posibilidad de un mundo para el cual no estamos preparados, un mundo en donde esclavos mecánicos podrían trabajar para nosotros, todos nosotros. Pero liberados de la distracción del trabajo, del sentido que él da a la vida, sentimos la amenaza de algo: el aburrimiento nacido de insatisfacción de los intereses satisfechos. Es allí donde surge la educación cuyo fin esencial es dar al hombre una vida que lo satisfaga como ser razonable, inscrito en una historia, en relación con los demás y con la naturaleza.

3.2 La educación

a) Cambios en la instrucción

Para que el hombre pueda abrirse a la **educación**, quizás algunas cosas tengan que cambiar en la **instrucción**. Se trata allí de actitud. En la instrucción, la razón objetiva, venida de los albores de la modernidad, se ha presentado y vivido como razón conquistadora, capaz, con el tiempo de **dominar todo lo real**. Hoy la objetividad ha perdido su aureola de detentadora de la verdad, se sabe que el observador influye sobre el objeto, y la instrucción tiene que inscribirse en otra perspectiva. Ayer, el espíritu objetivo o crítico, mantenía, en cada momento, la secreta convicción que él era más inteligente que su objeto. La eternización y el traslado de esa convicción a todos los espacios de la realidad ha dado el mundo que tenemos. La instrucción requerida hoy, sobre todo para el futuro dirigente, es aquella que hará sentir que el "objeto" es docente, que hará percibir la "pulsión de racionalidad que hay en todo lo real" según la fórmula de Atlan.

No viene al caso señalar aquí los contenidos que debería incluir la formación del dirigente democrático. En buena medida ya los indicamos en el capítulo anterior. Pero, si podemos estar seguros que la **concepción moderna** de la razón, de la ciencia, de la historia es responsable de las monstruosidades actuales, se debe pensar que esa concepción tiene que ser transformada si queremos poder esperar una civilización mejor. Si, de acuerdo con el mecanicismo moderno, en todas las disciplinas de la instrucción es la **fuerza** la que se celebra, ella será el principio que el joven adoptará. ¿Será concebible que todo en el universo esté sometido a la fuerza y que el hombre sea el "único ser" que pueda sustraerse a ella? Quizás haya que saber descubrir en el universo, y evidentemente en la historia, otro principio que la fuerza, o entonces asumamos que la fuerza es lo que domina también las relaciones humanas. La fuerza es ciega, de ella salen lo justo y lo injusto. Si la fuerza es soberana, buscar la justicia es irreal.

Lo que acabamos de decir, junto con lo que indicamos en los capítulos anteriores, señala una insistencia: hay que formar al dirigente "a ver, a escuchar, a reconocer" la razón, en lo que tiene de racional y de razonable; inducirlo a vivir *el trabajo intelectual igual* que su trabajo profesional de mañana, en una actitud de **docilidad** a.¹³ No son muy portadores de esa actitud los programas existentes

-
13. Simone Weil ha denunciado con mucha fuerza, en textos escritos durante la II Guerra Mundial, lo que cierto estilo de docencia configura en las mentalidades de los jóvenes. Hablando de Hitler dice: "Se habla de castigar a Hitler. Pero no se le puede castigar. Deseaba una sola cosa y la tiene:" es quedar en la historia... El único castigo capaz de castigar a Hitler es de alejar de su ejemplo los chicos sedientos *de grandeza de los siglos por venir, es una transformación tan radical del sentido de la grandeza que él quede excluido.*" (O.C. p. 286) Más lejos dice: "La carga asumida hoy por los científicos y por todos los que escriben en torno a la ciencia es de un peso tal que ellos también, son quizás más culpables de los crímenes de Hitler que el mismo Hitler. Es lo que aparece en un pasaje de **Mein Kampf**: "El hombre no debe nunca caer en el error de creer que es señor y dueño de la naturaleza... Sentirá entonces que en un mundo en donde los planetas y los soles siguen trayectorias circulares, donde la fuerza reina en todas partes y sola como dueña de la debilidad que obliga a servirla si no la rompe, el hombre no puede remitir o acogerse a leyes especiales".

que, en diferentes centros de estudios especializados, forman a los futuros dirigentes. Quizás haya que pensar en Centros pilotos o en eventos específicos que induzcan esa actitud de **docilidad a**. Conviene reconocerlo, no preparan a ella los programas que inscriben inmediatamente al estudiante en una especialización que siempre hace manejar fragmentos, cuerpos sin vida. Por eso será importante que en cada materia se procure dar el sentido del conjunto y situarlo en la complejidad del saber humano. La historia tendría que ser la que preside a la distribución de los programas en cada materia para que el estudiante llegue a sentir cómo, en todos los niveles, el hombre **ha devenido y está en devenir**. La presentación-interpretación de la historia tiene que ayudar al estudiante a reconocer los momentos en que el hombre por su violencia, por miedo, por abandono, etc... no tomó ciertas decisiones posibles y tomó otras portadoras ya de los problemas que enfrentamos.

Si asumimos lo que acabamos de decir se ve que no se trata de lamentar "no sé qué" pérdida de un humanismo de ayer y pregonar su restauración. El humanismo de ayer, su antropocentrismo, su prédica del sujeto, de la razón objetiva, etc... forma parte de esa visión del mundo que nos ha llevado a los entrapes que tenemos en manos. No hay que formar al dirigente a un trabajo de resistencia para defender la subjetividad y sus valores. Sería mantenerlo en las aguas de ayer que fueron las que precisamente llevaron a la liquidación del sujeto. Quizás ese sujeto, que era sobre todo "sujeto del objeto" haya perdido los títulos que se le otorgaban para merecer defensa. Habrá que escuchar voces nuevas, voces que invitan "a una cura de adelgazamiento del sujeto" como se ha dicho, para hacerlo capaz de **escuchar**, de ser **atento** a la invitación-exhortación del Ser, de lo Otro, de la Presencia latente en todo lo presente y que ya no se da en el tono perentorio del Ser de ayer. Hoy se trata de escucha de un algo que nos habla de la extrañeza de esa existencia nuestra, de cuyo sentido nadie tiene el monopolio. Esa **presencia-ausencia** en todo y en todos invoca, evoca al YO en todas las redes de relaciones y comunicaciones en donde se encuentra y se recibe.

b) Educación práctica

Si la educación pudiera expresarse en un solo fin, éste sería el de dar al hombre una vida que lo **satisfaga**. Pero ¿cómo llegar a ello? Sabemos que el problema está del lado de la libertad y de lo que el hombre puede hacer con ella. No hay instrucción para ello.

El psicoanálisis nos dice cosas interesantes. Cuando la madre ha sido "suficientemente buena", el bebé ha recibido de ella la seguridad suficiente para creer en él mismo, en ella y en el mundo, y para lanzarse, feliz, a la creación de su mundo. Puede distanciarse de su madre porque de ella ha recibido suficiente sentimiento de ser, para poder vivir él con lo que él crea: crea a su madre, y crea y juega con una serie de objetos que crea. Su felicidad está en la creación de la realidad en torno suyo.

Quizás, para el joven adulto, la educación pueda servir a algo análogo a lo que hace la madre: ayudar a que uno sea creador y goce en ello. Pero, ¿cómo lo hará? Lo hará de dos maneras. De manera positiva, dando al individuo una actitud correcta en sus relaciones de unión con los otros; el individuo es pasión, el único medio de la educación pasa por saber usar las "pasiones" haciendo surgir en el individuo móviles y sentimientos nuevos. Lo que se trata de educar es un individuo que sepa tener en cuenta el interés universal concreto, es decir, aquello que la sociedad con sus costumbres, reglas y leyes define como su interés. Se trata de formar a un individuo que busque cumplir con su **rol social** de la mejor manera. Así entendida, la educación tiene un aspecto de domesticación del animal en el hombre, pero se trata de una domesticación diferente a la del animal. Este actúa de acuerdo a razones de un otro. La finalidad de la educación es hacer que el educando, sea educador de sí mismo y educador de los demás. Lo esencial es llegar a formar una **actitud tal** que el individuo cumpla, como naturalmente, con su rol, con lo que conviene cumplir dentro de la sociedad de acuerdo a la razonabilidad que hay en ella. También, la educación actuará de manera positiva, revalorizando y precisando lo que es la pertenencia al grupo. Esa categoría social, surgida con

este siglo, ha cobrado mucha importancia en la vida del joven y del adulto, en esta época precisamente en donde familias, clanes, estamentos y clases sociales pierden su importancia o tienden a desaparecer. En un momento dado de la vida del individuo, el grupo es el "otro" al que se pertenece y con el cual se tiene un vínculo que sostiene. Da seguridad e identidad, sustituyendo-prolongando en algo los brazos de la madre. El **grupo** no es el fruto de un héroe ni el hijo de un jefe superior. Es su propio padre, se da sus normas. En él se pasa de la genealogía familiar a otro encadenamiento simbólico: la creación social.

Por otro lado, la educación guiará de manera más bien negativa. La educación no señala en donde está la felicidad, el sentido, la libertad; señala más bien allí donde no pueden estar. La felicidad no puede estar en la dependencia, en las cosas, en los gozos inmediatos; sin embargo puede vivirse en todo ello con tal de que sean espacios de creación. Es libre aquel que se hace libre, que se libera de las trampas y de los apegos "securizantes: en donde uno tiende a refugiarse permanentemente, de liberación, "hay mundo", "hay ser", "hay cosas", "hay otros". La libertad es ese acto ya y siempre. No hay que buscar sus condiciones fuera de ella, sería buscar en ningún sitio. Pero si hay un lugar en donde se manifiesta, es en el lenguaje, acto en cual desde siempre el hombre, en el mismo movimiento, ha negado el mundo y lo ha poseído. En él se da a la vez **presencia a y presencia de: yo, los demás y el mundo**. El testimonio de nuestros arraigamientos, de aquellos que hay que servir, de aquellos que el dirigente democrático tendrá que servir para responder a las necesidades del "espíritu encarnado" que somos.

Esas consideraciones sobre el lenguaje, la palabra, no son consideraciones adjetivas para el responsable democrático. La palabra es espacio, lugar, acto de la "acción". El lenguaje es siempre interacción, intersubjetividad y tiene relación con el nacimiento. En él hacemos nacer sentidos que compartimos; en él se da ese nacimiento que nos damos unos a otros en la palabra pública. En él se da ese **entregarse al mundo que es entregar un mundo**. Es

inmediatamente co-nacimiento, relación a la pluralidad humana que es la esencia de lo político. La palabra cuando es verdadera, es decir escucha en uno y en el otro de lo que habla, es exposición a la alteración de la alteridad radical, es decir la alteridad del acontecimiento, colgado siempre de la existencia de los demás. Es esa existencia que hay que servir, unir y enlazar, en y a partir de los arraigamientos que son los del hombre.

Servir el **orden** de tal manera que nadie se vea obligado a violar obligaciones del hombre para cumplir con lo que le toca cumplir; para eso servir la institucionalidad y lo procesal en la vida democrática. Servir la **organización** en los diferentes niveles de la vida de la sociedad civil y política, como núcleos de apoyo, de la vida de la sociedad civil y política, como núcleos de apoyo, de seguridad y de identidad que necesita el hombre en sociedad para poder atreverse a ser creador. Servir la **obediencia**, expresión que necesita el hombre en cuanto siempre "ser a partir de", pero posibilitando que siempre se pueda cumplir con asentimiento y consentimiento. Servir la **autoridad o jerarquía**, diferentes del caudillismo, en cuanto remiten simbólicamente a la esfera de obligaciones de todo hombre para con los demás. Servir la **necesidad de castigo** como garante de la ley de la vida humana y forma de respetar la humanidad en el criminal. Servir la **seguridad**, sabiendo que el miedo o el terror, vengan de donde vengan, son venenos para el hombre. Servir la **libertad**, es decir, la posibilidad de opción al interior de normas asumidas conscientemente. Eso connota servir la **responsabilidad**, necesaria para alimentar el sentimiento de vivir humanamente, de ser útil. Servir la **igualdad** que consiste en el reconocimiento público, general, efectivo, expresado en las instituciones, de que la misma cantidad y calidad de respeto y **riesgo**, necesidad y arraigamiento del hombre en lo que es en cuanto ser que se hace. su ausencia genera aburrimiento paralizante. El riesgo es desafío para la reacción pensada. Servir la **ciudadanía** en los horizontes mundiales que tiene hoy día. Servir en fin el **nacimiento**, la **capacidad de iniciar siempre y juzgar**. Tales son, formulados de manera sucinta, algunos de los arraigamientos del hombre que el responsable político

tiene que servir. El cómo no se puede enseñar. Remite a la **prudencia**, que hoy como ayer debe ser la cualidad esencial del hombre político.

